

LA VIDA DIVINA CONSIDERADA COMO RAZON PERSONAL

§ 78

Realidad y perfección de la razón divina

1. En oposición a las doctrinas panteísticas, según las cuales el Dios inconsciente se convierte en el hombre en Dios consciente, el Concilio Vaticano definió que Dios posee una razón infinita (S. 3, cap. 1; D. 1.782).

2. La Sagrada Escritura testimonia que el saber de Dios es ilimitado, superior a todo el saber humano, y, por consiguiente, misterioso e inescrutable; es una comprensión infalible que penetra en lo más profundo del ser, es omnisciencia que abarca toda la realidad. En su himno, Ana alaba al Señor y afirma de Él que es omnisciente, debiendo enmudecer ante Él las palabras altaneras (*I Sam. 2, 3*). He aquí lo que dice Job de la sabiduría de Dios en su descripción de la majestad divina (28, 21-27): «Se oculta a los ojos de todos los mortales y aun a las aves del cielo está vedada. El infierno y la muerte dicen: Sólo de ella sabemos por su fama. Dios es el que conoce sus caminos, Él sabe su morada; porque con su mirada abarca los confines de la tierra y ve cuanto hay bajo la bóveda del cielo. Cuando dió su peso al viento y dispuso las aguas con medida; cuando dió la ley a la lluvia y camino al rayo, entonces la vió y la midió, la fundó y la conoció a fondo.» Eliu, el amigo de Job, sabe que: «Fija plazo al hombre para presentarse al tribunal de Dios. Quebranta al fuerte sin

andar en averiguaciones, y pone a otro en su lugar. Conocedor de sus acciones todas, los derriba en una noche y quedan aplastados; los destroza como reos, los hiere como perversos, porque se alejaron de Él y no quisieron saber de sus caminos en cuanto llegó a Él el clamor del oprimido, en cuanto se hizo oír el lamento de los desvalidos. Si Él calla, ¿a quién podrá condenar? Si Él esconde su rostro, ¿quién ya le verá? Él vela sobre las naciones y sobre los individuos para que no campe el impío por sus respetos, para que no sufra el pueblo vejaciones» (34, 23-30).

Especialmente insinuadora es la descripción del saber de Dios en el Salmo 139 (138), versículos 13-18: «Porque tú formaste mis entrañas, tú me tejiste en el seno de mi madre. Te alabaré por el maravilloso modo con que me hiciste. ¡Qué admirables son tus obras! Del todo conoces tú mi alma, cuando secretamente era plasmado y en el secreto me plasmabas, ya vieron tus ojos mis obras, escritas están todas en tu libro, y aun todos mis días, aun antes de existir el primero de ellos. ¡Cuán admirables son para mí tus pensamientos, oh Dios, ¡qué ingente el número de ellos! Si quisieras contarlos son más que las arenas. Contaría, contaría y nunca acabaría.»

En las maravillas de la Creación se manifiesta la ciencia de Dios (*Eccl.* 42, 15-25): «Voy a traer a la memoria las obras del Señor, y a pregonar lo que he visto. Por la palabra del Señor existe todo, todo cumple su voluntad según su ordenación. El sol sale y alumbra todo, y la gloria del Señor se refleja en todas sus obras. No pueden los santos enumerar suficientemente ni contar todas las maravillas. El Señor fortaleció a todos sus ejércitos angélicos, para asistir delante de su gloria. Investiga el abismo y el corazón del hombre, y penetra todas sus reconditeces. Conoce lo pasado y lo venidero, aun lo más oculto. No hay pensamiento que se le escape, ni palabra oculta para Él. Él ordenó la grandeza de su sabiduría, es uno y el mismo desde la eternidad; nada tuvo que añadir ni quitar, y no necesitó consejo de nadie. ¡Cuán deleitables son todas sus obras! Y eso que es sólo como una chispa lo que de ellas podemos conocer. Todo vive y permanece para siempre, y en todo momento le obedece.»

El saber incondicional y sin medida pertenece a la gloria de Dios (*Is.* 42, 8 y sigs.): «Yo soy, Yavé es mi nombre, que no doy mi gloria a ningún otro, ni a los ídolos el honor que me es debido. Han llegado las cosas predichas, y anuncio otras nuevas, antes de que sucedan las doy a conocer.»

Todas nuestras reflexiones sobre la Providencia divina terminan en un sentimiento de respeto ante la inescrutabilidad de los caminos de Dios, ante la profundidad de su conocimiento (*Romanos*, 11, 33). En Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (*Col.* 2, 3). Ante la ciencia de Dios no hay oscuridades que tuviese que superar de antemano. No necesita pasar, mediante el esfuerzo, de la ignorancia y oscuridad a un estado de certidumbre y claridad. «Dios es luz, en Él no hay tiniebla alguna» (*I Jo.* 1, 5), dice San Juan, empleando expresiones tomadas del gnosticismo.

3. De estas descripciones de la Escritura podemos deducir no sólo el hecho, sino también la cualidad del conocimiento divino. La razón de Dios no necesita pasar «a través de la maraña formada por los hechos, a través del tejido de relaciones, a través de la multitud de estratos y entrecruces»; no necesita encontrar la solución de un problema para pasar a la solución de otro problema. Ante los ojos de Dios se halla patente toda realidad, hasta en sus más profundos fundamentos ontológicos, respectivamente, en toda su cognoscibilidad. Dios no posee un conocimiento pasajero y superficial; el conocimiento divino no se para en los aspectos exteriores de las cosas. El conocimiento divino no puede enriquecerse y no se halla sometido al peligro de disminuir o desaparecer. No puede ahondarse en las profundidades de la subconsciencia para luego volver a salir de allí. Dios conoce todo en un estado de conciencia despierta y clarísima. Para Él no hay nada que sea difícil de conocer. El espíritu humano elige los objetos de su conocimiento, verificando la elección consciente o inconscientemente. La actitud interna, el amor y la aversión condicionan su elección. Por eso sólo se conocen determinados aspectos de un acontecimiento u objeto dados. Todo lo demás pasa desapercibido, o es relegado a segundo plano, verificándose esto consciente o inconscientemente. El conocimiento divino ni puede seleccionar ni puede ser una mera vista parcial. El saber de Dios es absoluto y universal, lo mismo que su perfección.

Además, el conocimiento divino no es un conjunto o suma de actos, sino un solo acto inmutable y subsistente. Dios es el conocer. El conocimiento divino existe bajo la forma de Yo personal. Puesto que sólo la persona puede ver, conocer y contemplar, y Dios es Persona sólo bajo la forma de Trinidad, es preciso afirmar lo siguiente: La vida cognoscitiva de Dios se realiza de tal modo

que el Padre dona al Hijo su acto de conocimiento, y Padre e Hijo lo transmiten al Espíritu Santo. Resulta, pues, que el acto de conocimiento divino, único, eterno y subsistente es ejecutado al mismo tiempo por el Padre, el Hijo y el Espíritu en el orden de las procesiones intradivinas.

Como el conocimiento divino recibe su nota típica y característica del ser de Dios, el cual es independiente y absoluto, es decir, no depende de las cosas extradivinas. El conocimiento divino es, por consiguiente, *independiente* de los objetos extradivinos. No presupone, pues, la presencia ante Dios de cosas extradivinas, a diferencia de lo que sucede con el conocimiento humano, que sólo puede realizarse a condición de que el objeto conocido se halle presente ante el sujeto cognoscente. El conocimiento humano es recepción y percepción de una realidad preexistente; es, pues, esencialmente un proceso pasivo. No dispone de fuerza creadora, entendida ésta en sentido estricto. No crea los objetos, los encuentra fuera de sí mismo. El hombre cognoscente es activo sólo en tanto que dirige la atención hacia los objetos, comunicando al material cognoscible que le presenta el mundo la forma mediante la cual puede ser conocido. Creador es también el sujeto cognoscente en tanto que puede elaborar los conocimientos obtenidos en la contemplación de las cosas, construyendo con ellos mundos intelectuales y de la representación. El conocimiento divino es, al contrario, absolutamente *creador*. Como quiera que Dios es ser puro (*actus purus*), sin mezcla alguna de no ser, pura actividad, absoluta realidad activa, su conocimiento no puede ser pasivo, tal como lo es el conocimiento humano. El objeto conocido no le puede presentar un material cognoscible, no puede imprimir en Él una imagen noética por medio de la cual el conocimiento divino pasase del estado de potencia al acto. Dios conoce las cosas en su propia esencia divina. Los objetos son finalidad de su conocimiento y no fundamento determinativo de éste (*obiectum terminativum, no obiectum determinativum*). De ahí resulta que Dios no conoce las cosas porque éstas son, sino, al contrario, las cosas son porque Dios las conoce. «Si el mundo no existiese, nosotros no podríamos conocerle; si Dios no conociese el mundo, éste no podría existir» (San Agustín, *De civitate Dei*, lib. II, cap. 10). En efecto, Dios conoce en sí mismo todas las posibilidades extradivinas. Él ve y conoce de qué modo puede ser imitada su perfección. Al mismo tiempo ve en sí mismo que realiza en sí mismo estas posibilidades de imitación mediante su voluntad creadora.

Todas las cosas están, pues, originariamente en Dios, en el saber de Dios, en tanto que el sentido de las cosas se funda en la ciencia divina y su realidad en la voluntad de Dios, iluminada por el saber de Dios (véase el Tratado sobre la Creación).

San Agustín (*De Trinitate*, lib. 15, cap. 13): «¿Ha conocido Dios Padre, del cual ha nacido el Verbo, como Dios de Dios, ha conocido Dios Padre, repito, en aquella sabiduría que es Él mismo, lo uno mediante los sentidos del cuerpo, lo otro por medio de sí mismo?... Y lo que no conoce mediante el cuerpo—Él no tiene cuerpo alguno, sino por sí mismo, se ha enterado de ello el Dios Padre en otra parte mediante un tercero o ha tenido necesidad de mensajeros y testigos para llegarlo a conocer? Es verdad que tiene mensajeros, a saber: los ángeles, pero no para que le anuncien lo que no sabe—no hay en absoluto nada que no sepa—; son los ángeles los que tienen que preguntar a la Sabiduría divina sobre el sentido de sus obras; esto es lo que se quiere decir cuando se afirma de ellos que anuncian muchas cosas, no en el sentido de que Él se entere de algo por ellos, sino porque ellos lo conocen mediante su palabra sin sonido corporal. Anuncian lo que Él quiere, cuando son enviados por Él a aquellos a que han sido elegidos por su voluntad para ello; el contenido total del mensaje lo perciben ellos mediante su palabra, es decir, encuentran en su sabiduría lo que han de hacer, lo que han de anunciar, dónde y cuándo han de comunicar su mensaje. También nosotros le pedimos algo en nuestras oraciones, y no obstante no tratamos con ello de informarle sobre nuestras necesidades. “Conoce ya vuestro Padre”, dice su verbo, “lo que necesitáis, antes de que se lo pidáis”. No lo sabe a partir de un tiempo determinado, de modo que desde entonces lo conoce, sino que sin comienzo temporal conocía de antemano todos los tiempos venideros y en ellos todo lo que habíamos de pedirle, y cuando habríamos de pedirlo, así como también de quién y en qué asuntos había de escuchar y a quién no. No conoce a todas sus criaturas, a las corporales y a las espirituales, porque son, sino ellas son porque las conoce. En efecto, no le era desconocido lo que había de crear. Porque lo conocía, lo creó; no lo conocía por haberlo creado. Su conocimiento de las cosas después de la Creación no es diferente del que tenía antes de la Creación. Las cosas no han aumentado su sabiduría, al contrario ha seguido siendo como era antes después que las cosas comenzaron a existir tal como debían y porque debían ser. En el eclesiástico libro de Jesús Sirac está escrito: “Todo le es conocido antes de haber sido creado, y lo conoce del mismo modo después que ha sido acabado.” Del mismo modo dice, o sea, que no le conoce de diferente manera antes de haber sido creado y después de haber sido acabado. Totalmente distinto es nuestro saber en lo que concierne a este saber. Lo que es el saber de Dios, eso mismo es su sabiduría, y lo que es la sabiduría de Dios, eso mismo es su esencia o su sustancia. En la admirable simplicidad de esta naturaleza, la sabiduría no es distinta de la esencia; por el contrario, lo que es la sabiduría, eso mismo es la esencia, como ya expusimos repetidas veces en los libros precedentes. Con respecto a la mayor parte de los contenidos de nuestro saber, es éste perdible y asequible, consistiendo la razón de ello en el hecho de que nuestro saber no es idéntico con el saber o la sabiduría, puesto que podemos existir aun cuando no poseamos

ninguna clase de saber y de sabiduría con respecto a las cosas de que nos enteramos de otro modo cualquiera. Por eso, nuestro saber no se parece al saber de Dios, lo mismo que nuestra palabra no se parece a la Palabra de Dios, la cual ha nacido de la esencia del Padre. El último enunciado significa lo mismo que si dijésemos: del saber del Padre, de la sabiduría del Padre, o para expresarme con más precisión: del Saber-Padre, de la Sabiduría-Padre (BKV, XII, 287-289). En otro lugar: «¿Qué hombre puede comprender esta sabiduría, en la cual Dios lo conoce todo, de tal modo que lo pasado no desaparece allí, ni se espera lo venidero como si faltase, sino que lo pasado y lo venidero está presente junto con lo presente; lo conoce además de tal modo que lo particular no es pensado de por sí ni se pasa del pensamiento de lo uno al pensamiento de lo otro, sino que con una sola mirada queda todo y totalmente abarcado, qué hombre repito, puede comprender esta sabiduría, y esta prudencia, y esta ciencia, puesto que nosotros ni siquiera somos capaces de comprender la nuestra? Nosotros podemos percibir lo que de algún modo se halla delante de nuestros sentidos o de nuestro entendimiento; lo que ahora no está delante de ellos, pero que estuvo alguna vez allí, lo conocemos mediante la memoria, a condición de no haberlo olvidado. Y nosotros no deducimos el futuro basándonos en el pasado y el pasado basándonos en el futuro, sino que conocemos el futuro a base del pasado, y esto con un conocimiento incierto. Porque si en nuestro pensamiento prevemos con claridad muchas cosas futuras, lo hacemos, si es que podemos hacerlo y en tanto que podemos hacerlo, con la ayuda de la memoria, la cual no parece referirse a lo venidero, sino a lo pasado. Esto se puede experimentar en los dichos y canciones cuya sucesión reproducimos de memoria. No podríamos recitarlos si en nuestro pensamiento no previésemos lo que viene después. Y no obstante, no es la previsión, sino la memoria, la que nos capacita para prever. Porque hasta que no ha terminado todo lo que recitamos o cantamos, no existe nada que no haya sido previsto y contemplado de antemano, siendo reproducido de esta manera. Y, no obstante, cuando hacemos esto, se dice que recitamos y cantamos de memoria, no por medio de una previsión. Y si alguien puede recitar muchas cosas de este modo, siendo especialmente fuerte en este punto, no se vanagloria de su previsión, sino de su memoria. Sabemos que esto pasa en el alma, o que es producido por el alma; de ellos estamos completamente seguros. Pero de qué modo sucede, es un punto con respecto al cual el lenguaje se muestra tanto más imponente cuanto más lo consideramos, y tampoco dispone de fuerzas suficientes la atención por medio de la cual podría obtener claridad nuestro entendimiento, si ya no el lenguaje. Dada esta debilidad del espíritu humano, ¿podemos creer, creemos poder comprender si en Dios son idénticas la memoria, la comprensión y la previsión en Dios que no ve en su pensamiento unas cosas después de otras, sino que abarca con una sola, eterna, inmutable e inefable mirada todo lo que conoce? Lo único que podemos hacer en esta dificultad y apremio es exclamar: "Tu sabiduría es para mí en extremo admirable e imponente; yo no lo puedo comprender. En mí mismo experimento cuán admirable es el saber, mediante el cual me has creado, puesto que ni siquiera a mí mismo puedo comprenderme, a mí mismo, a quien tú has creado, y no obstante arde en mí con viva llama el fuego, cuando pienso que busco incesantemente tu divino semblante» (*De Trinitate*, lib. 15, capp. 7, sec. 13; BKV, XII, 269 y sigs.).

TEOLOGIA DOGMÁTICA

En su obra *Ad Oros.*, 8, 9, escribe San Agustín lo siguiente: «Dios ha conocido todo lo que ha hecho antes de haberlo hecho. Lo conoció como factible, no como operado: supo hacerlo, no porque lo ha hecho. Bien que fué conocido, porque sólo pudo ser hecho por un cognoscente, comenzó a ser en un devenir posterior lo que fué conocido para que fuese, para que para ser debidamente fué conocido antes de que fuese» (*Przywara, Augustinus*, pág. 237).

Con respecto al espíritu humano escribe Pascal: «El hombre es sólo una cana, la más débil entre todas de la Naturaleza; pero esta cana piensa. No es necesario que el orbe entero se arme para aplastarle. Un poco de vapor, una gota de agua bastan para matarle. Pero aun cuando el orbe le aplastase, seguiría el hombre siendo más noble que lo que le mata, pues el hombre sabe que muere, y conoce la superioridad física del mundo. El orbe, por el contrario, no sabe nada de esto. Mi dignidad no la he de buscar en los espacios externos, sino en el orden de mis pensamientos. De nada me servirá poseer países enteros. En lo que concierne a la extensión espacial, es el mundo el que me abarca y me absorbe como a un punto. Gracias al pensamiento soy yo el que abarca al mundo» (*Guardini, Christliches Bewusstsein*, págs. 82 y sigs.).

Pascal afirma también que en el pensar consiste la grandeza del hombre y en pensamiento su dignidad, bien que el hombre «distingue infinitamente de conocer su propia existencia. El principio y el fin se hallan para él ocultos irrevocablemente en un misterio inescrutable. Del mismo modo es incapaz de conocer la nada de la cual ha sido creado y la infinita (grandeza) que le envuelve». Esto nos permite vislumbrar la grandeza del conocimiento divino.